

LA LIRA DE PAPER

SEMANARIO

DE CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, HISTORIA, TEATROS.

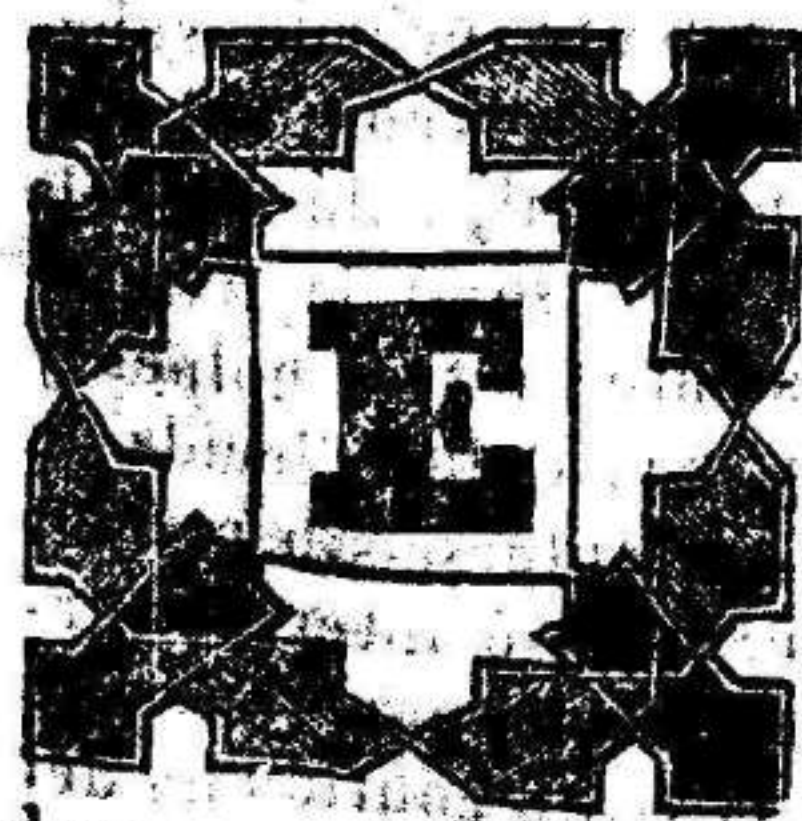
Murcia 27 de Abril de 1845.

Sale todos los Domingos. Se suscribe en Murcia en la Redaccion calle de Sta. Isabel num. 6 sita en la Imprenta de este Periódico, y casa de D. Pedro Martinez calle de la Traperia num. 67 por 4 rs al mes y 22 por 6 meses, llevado a las casas de los señores suscritores. Fuera de la capital en las administraciones de correos y correspondencias de la Redaccion por 5 rs. al mes y 28 por seis meses, franco de porte.

AURELIA

EL TARDIO ARREPENTIMIENTO.

Aventura historica y original.



rase una ciudad del medio dia opulenta, industriosa, floreciente, ennoblecida por cien blasones, testigo de heróicas azañas, depósito de honrosos recuerdos, de encantadoras reminiscencias, de benigno clima, de alegre cielo, y donde el espíritu de

la creacion derramado habia con visible largueza todos sus dones, todas sus gracias, todos sus embelosos: eulta entre las ilustradas, bella entre las hermosas, de monumentos rica, de delicias llena, arrancaba al atento observador con su magnificencia y con sus glorias, con sus floridos vergeles y sus fertiles campiñas con sus ruinas y sus palacios, con su animacion y con su vida sentimientos profundos, é ideas elevadas: al extremo oriental de esta poblacion alzabase gigante y orgulloso como desafiando la colera de los elementos y la mano devoradora del tiempo un vasto torreón con sus almenas destruidas y sus puentes levadizos y sus fosos y sus paredes surcadas por la yedra y sus plataformas sembradas de tierpas y verdes yerbecillas: en el centro de este gótico edificio, emblema del poder feudal, de un poder que sucumbió para siempre, ecsistia una estancia comoda, adornada sin lujo, con esmerado gusto, pero sin fastuosa ostentacion: con

Los sencillos muebles, con sus variados tapices, con sus artesonadas volvedas y con sus vistosas colgaduras, representadas estaban las artes y la industria de su época, los usos y las costumbres de su siglo: esta habitación separada de las demás por una enorme y colosal puerta de aveto era la morada ordinaria de Aurelia: así se llamaba la muger destinada á enseñorearse de aquel recinto: Aurelia, de descendencia ilustre, de familia esclarecida contaba entre sus mayores sabios políticos, patrios eminentes, guerreros valerosos, artistas distinguidos, acaudalados propietarios y á la vez presuntuosos y soberbios titulos: huérfana, sin mas guía que su corazón y sus pasiones, sin otra guarda que el cuidado y la vigilancia de una dueña austera pero candorosa é inocente, pasaba los días de su triste y al parecer monótona existencia ocupada de los quehaceres y de las atenciones domésticas: Aurelia con sus veinte años, con su espaciosa frente, con sus rasgados ojos, con sus miradas expresivas, con su blanca tez, con sus labios de carmin, con su lengua y rubia cabellera, y más que todo con un alma de indole especial, inspiraba una de aquellas gratas impresiones que no arrebatan, pero sorprenden, no entusiasman pero llevan en pos de si el estudio y la observación: Aurelia extraña á los placeres y á las delicias de la amistad, y á sus gozos, y á sus desahogos y á sus deberes, este nombre para ella era un nombre vacío de sentido: empero cubierto con su disfraz, admitía á su presencia á un joven llamado Alfredo que la casualidad le hizo conocer, y su fino y honrado comportamiento tratar con muestras exteriores de distinción: Alfredo, galante pero conmedido, de carácter violento, de genio emprendedor, de corazón vigoroso y esforzado, de exquisita sensibilidad, sin espantar por su figura pero sin interesar tampoco, familiarizado con el estrepito de las artillerías y con la rudeza de los combates, usaba el lenguaje franco y ver-

dadero del soldado, no olvidando jamás la amabilidad y dulzura del caballero: Alfredo contemplaba á Aurelia con éstasis dolorido: siempre melancólica, reservada, suspirando siempre y siempre víctima de una agitación continua y de una inquietud congojosa, descubría en su semblante trabajado por la adversidad sus hondos padecimientos, sus acerbos pesares y la constante intranquilidad de su interior: ignorante Alfredo de la causa, presumiblemente al contrario, la circunspección y el silencio fueron su sistema, esperaba penetrarlo á fondo sin grangearse el dictado de curioso é importuno: un incidente imprevisto vino á realizar sus deseos y á satisfacer sus ansiedades.

II.

Oíanse las ocho de la noche del diez y nueve de Marzo de mil doscientos setenta y cinco: el uracan impetuoso zumbaba con su aterrador silvido, cargado el horizonte de ennegrecidos y densos nubarrones, servía de anuncio á una de aquellas tempestades que amilanán al débil, compungen al tímido y traen á la memoria del criminal y del pecador el recuerdo de sus delitos y de sus culpas: el estrepito del trueno orrisono y el pasagero fulgur del rejampago centellante, gemían y estremecían á la par al joven Alfredo, que meditabundo y con andar lento y retardado, se dirigia como de costumbre á la morada solitaria de Aurelia: llegó, atravesó el puente echado sobre el foso, penetra en el torreón, sube su tortuosa escalera principal, colócase á la puerta que facilita el paso á la habitación de Aurelia; sientense tres golpes y una voz languida y casi desfallecida le indica que puede adelantarse sin recelo: nadie lo detuvo, nadie osó interrumpirle en su marcha: Alfredo era conocido de los criados, era la visita cotidiana del castillo.

La aparición de Alfredo en la pre-

sencia de Aurelia; no produjo otro resultado que fijar por un momento sus miradas antes vagas, inquietas y escudriñadoras: Aurelia sentada en blando, muelle y tachonado sillón de terciopelo, con la mano apoyada en su mejilla; con su respiración anhelosa y desigual; desencajados los ojos: parecía haber sentido el colmo de horribles infortunios, de terribles desastres ó crueles é inesperados desengaños: un suspiro lastimero, comprimido, sin esito y fiel y autentico signo de una agonía indefinida, vino á interrumpir el profundo silencio que en aquella espaciosa mansión reinaba; Alfredo no pudiendo resistir mas, con voz sostenida pero cariñosa se dirige á Aurelia en estas ó equivalentes palabras. " Señora, vos padecéis sin cuento, vuestra imaginación oprimida por el insoportable peso de grandes desgracias ó de continuos remordimientos, nunca descansa, siempre alimentada, siempre sostiene una lucha horrible que concluirá con vuestra preciosa vida: dejad que la razón ejerza su poderoso influjo, contad vuestras penas si referirse pueden: aunque ignorais lo que es amistad, yo soy vuestro amigo: aunque todas las demás afecciones las subordinais y encadenais con fiero despotismo á la que os domina exclusivamente, sabed que no falta quien se interese por vos, quien compadezca vuestra suerte y quien tome parte en vuestras desdichas: no titubéis: ¡Os aprecio tanto! ¡me duele también tanto vuestra situación!

Apenas estos últimos ecos hirieron los castos oídos de la alligada Aurelia, cuando incorporándose, haciendo una breve pausa, recogiendo todo su valor y todos sus esfuerzos, con acento tembloroso y balbuciente exclamó; Alfredo, mostrais por mí un desvelo y un cariñoso afán, que siento no poder recompensar dignamente: nada debo ocultaros, mi fisonomía y mi deplorable estado, revelan al que de cerca me examina como vos la intensidad de mi padecer: ¡Ha Rodolfo! ¿Porque me infundisteis una pasión que jamas habeis

sentido? ¿por que invocasteis el nombre sagrado y venerando del amor para escarnecerlo y envilecerlo despues? ¿por que te ofreciste á mi corazón con alma sensible y dotada de recomendables prendas que nunca poseveras? Hipócrita, has abusado de mi sencillez, de mi falta de experiencia, has destruido mis doradas ilusiones, me has precipitado en un abismo, cuyo fondo es la desesperación, la muerte, el infierno; todos mis sacrificios, toda mi consecuencia, toda mi fidelidad y mi constancia, todo este fuego que me destruye, me consume y me aniquila ha sido pagado con negra traición, con punible deslealtad.

Aurelia espresándose así, vino á descubrir el secreto y el misterio que á tanta costa procurara reservar; Aurelia humillada y despreciada, fluctuando entre el amor y la venganza, entre su corazón y su cerebro, entre la sociedad y sus irresistibles inclinaciones, era una víctima temprana inmolada por la inechada altanería de un hidalgo, por la inmoralidad de un libertino y la asabilidad de un seductor: he aquí la calificación exacta de Rodolfo; elegante, cariñoso, de interesante rostro, pero con la victiosa educación de un Aristócrata y con los sentimientos altivos de un noble de su tiempo, todo lo creia subyugado á sus caprichos, conquistado todo por su oro y sus blasones: mas Rodolfo fué amado: Rodolfo conoedor y práctico, comprendió su ventajosa posición cerca de Aurelia, comprendió que por vez primera latia su corazón á impulsos de esa fuerza mágica que del mismo modo labra la felicidad que el infortunio quiso llenó de insolente audacia correr en una hora el camino que solo puede andarse en muchas, púsose demasiado al descubierto, escitó recelos, dudas incertidumbres, pero como estas son el fundamento del amor, como estas lo nutren y lo robustecen, Rodolfo no habia descendido aun de la eminente altura en que sin merecerlo se hallaba colocado. Harto grave la enfermedad de Au-

relia para tratarla con frío indiferentísimo, necesitaba una curación radical. La ausencia de Rodolfo, su callar y su conducta ambigua y sospechosa, como su extraño comportamiento, ofrecían la más favorable coyuntura: revelando sus penas buscaba Aurelia un consejo, Alfredo tomó sobre sí tan pesada carga, de sus amonestaciones y sus razonamientos pedía tal vez el porvenir de esta desolada mujer: Alfredo, pues, empezó su obra, cumplió su destino. Vos os encontráis, dijo, á los bordes de un abismo insondable; vos amáis con frenesí, con loco desvario, vuestro amor solo excita la risa, solo promueve la mofa y el sarcasmo: tenéis una rival, conocéisla, sabéis quienes es, sabéis que os robó en época más honrable los obsequios y las preferencias que teníais derecho á monopolizarlas sola: pensad que fuisteis engañada con impudencia, abatida y despreciada con descaro, pensad que el engaño subsiste, traed á vuestra mente el continuo recuerdo de sus ofensas, destruid cuantos objetos puedan ser una prueba autentica de tan fatal amor, tened perseverancia y hoy me maldeciréis; mañana me colmareis de bendiciones; si fascinada persistis en vuestros errores, las lágrimas, el dolor y el remordimiento serán vuestros eternos é inseparables compañeros: vuestra ruina es inevitable entonces: criado Alfredo con Rodolfo, sabía su indole y sus perniciosos pensamientos. Estremecida por tan funesto vaticinio, Aurelia se levanta y marchando con firme y sostenido continente á su reducido dormitorio dividido del resto de la habitación por una mampara de estrechas dimensiones, la abre cerrandola tras sí: seis minutos bastaron para hacerla aparecer con un pequeño cofrecillo, que por el crujir de sus adornos movedizos descubriera las violentas vibraciones de las combulsas manos que lo sostenían: aproximase al modesto candelabro que iluminaba este escenario de sucesos impensados deponiendo lo en una mesa contigua; cruzados los brazos y con ojos que se escapan de sus

orbitas medita; llora un momento: despues ya no ecsistian los restos de ese cariño desgraciado: consumidos por las llamas, al viento quedó el encargo de esparcir y disipar sus tormentosas cenizas. Frente á frente Aurelia y Alfredo sin desplegar sus labios y en religiosa elevación, con una mirada apasionada, de esa miradas que conmueven, de esas miradas que rebelan hasta lo más recondito del corazón, manifestalé este el estado de su alma, sus deseos y el horrible combate sostenido sin cesar: Aurelia también calla, pero Aurelia también mira y con sus miradas también rebela y con sus rebelaciones también aniquila de una vez sus esperanzas y sus ilusiones: amada con entusiasmo por Alfredo, no podía tolerar su presencia sin ser correspondido, Alfredo no pretendió merecer al trato y á la comunicación frecuente, lo que no supo inspirar en la primera vista, Alfredo resolvió alejarse de la mujer que enardeció su corazón sacandolo de la lamentable postración en que yaciera por anteriores y tristes desengaños: así se lo hizo concebir á Aurelia al despedirse, no sin recordarle sus pronosticos y sus vaticinios, Alfredo desapareció del castillo como una ecsalación; despues para siempre de la ciudad ¿Fueron estériles y olvidadas sus lecciones? La cronica nos refiere que si: juzgandola Aurelia guiada y presidida por el interés privado, desatendiola completamente: el amor de Rodolfo imperfectamente sofocado, triunfó: llamado este á la ciudad donde residia á ebanuar asuntos de familia, logra verla y hablarla y darle explicaciones y con palabras mentidas y promesas engañosas de constancia, señalan ante su escalorada fantasia una era de felicidad y de ventura que muy luego se tornara en aflicción y luto: entregada Aurelia á su ciego frenesí, precipitase al fin en el torrente, entregase sin freno al borrascoso vaiven de sus pasiones; pero en el centro de ese torrente no encuentra mas que los livianos brazos é impúdicas caricias de Rodolfo, y despues de esos brazos y

esas caricias la frialdad y la indiferencia, y despues el desprecio, y despues del desprecio el abandono cruel: entonces arrojada en lágrimas, desgarrada el alma, despedazado el corazon y procsima á espirar á influjo del dolor y del remordimiento, recuerda á Alfredo con sus vaticinios y con su amor, con sus consejos y con su sinceridad; pero Alfredo surcando los mares, encontrado habia una muerte gloriosa que su desesperacion hizo muy precoz, defendiendo la civilizacion y el cristianismo; su sombra no podia protegerla.

F. Gonzalez del Campo.

A. C.

Dejame contemplar, Hada de amores,
La tierna gentileza,
Los vivos y parisimos colores,
Que ofrece seductores
El magico cristal de tu belleza.

Esa mirada blanda, resplandiente,
Vertida sin enojos;
Que abrasa y quema la ardorosa mente,
Si el corazon ardiente

Contempla un punto tus serenos ojos.

Tu negra y rutilante cabellera,
Que en olorosos rizos

El marfil de tu frente reverbera;
Como el dormido arroyo los echizos
De la flor que pintó la primavera.

Ese carmin, que blanca tu mejilla
Parisimo colora;
Delicado arrebol, fino, que humilla
El arrebol que brilla,
En el soberbio manto de la aurora.

Esa sonrisa virginal que augura
Tesoros de ilusion;
Que los encantos del amor apura,
Tesoro de ternura
Que anhela enamorado el corazon.

El perfumado aliento,
Que las esencias del clavel provoca;
Si sus pétalos toca

Con dulce movimiento
El ambar pudoroso de tu boca.

El seno recatado,
Que el aura apenas á besar se atreve;
Y suspirando mueve
El ondulante tul, que al ser llevado,
Descubre un cielo de bruñida nieve.

No imitará la flor por mas que ensayo
Su tierno, debil y pomposo tallo,
En las brisas del valle;

El languido desmayo
Que ondula en torno de tu esbelto talle.

El pie ligero de gentil hechura,
De forma leve, de perfil liviano;
La nitida blancura

Que ostenta en su hermosura,
El corte breve de tu linda mano.

Dejame contemplando tu belleza,
Apagar mis dolores,

Disipar mi tristeza...!
Y daré por corona á tu cabeza,
Fresca guirnalda de olorosas flores.

Y tu beldad cantando,
Oirás el aura que mi voz cogiendo,
Ya entre las ondas de la mar gimiendo,
O ya timidas flores albagando,
Tu nombre y tu hermosura repitiendo.

Y en la verde pradera,
Y en el terso cristal del manso rio,
Tu imagen hechicera,
Vaporosa, ligera,

Vera pintada el pensamiento mio.
Mas deja que mitigue mis dolores,
Mirando tus hechizos,
Y de lozanas flores,

Emblema virginal de tus amores,
Esmaltaré las trenzas de tus rizos.

J. Selgas.

LOS SUEÑOS

¿Que son los sueños? delirios de una imaginacion acalorada que nos hace ver seres ideales y quiméricos en medio de nuestro letargo. El hombre entregado en brazos del sueño, cuando segun el decir de los filosofos y de los poetas se parece á un cadaver, entonces emplea su imaginacion y

vé, y oye, y siente como cuando está despierto. Pero en medio de no ser un sueño sino la fantasía del pensamiento, hay en él algo de misterioso y terrible que deja estampada su huella mucho tiempo en el corazón del que lo tuvo. Un sueño puede decidir de la suerte de las naciones y aun alterar la faz del mundo.

Cuando un hombre tiene un corazón tierno y anhelante de amor, sin objeto en que colocarlo, necesita soñar. En medio de la noche él ve á su amante, la oye, está á su lado, imprime un beso de ternura y de amor sobre su casta frente, siente palpar su amoroso pecho, acaricia sus rubios cabellos y se entrega á ilusiones de felicidad y de ventura. Pero ¿que triste es el despertar! entonces conoce que todo era una ficción y apenas empezaba á saborear la copa de la dicha, cuando la triste realidad viene á hacer desaparecer la creación de su fantasía. Como el navegante que después de correr una deshecha borrasca ve una niebla que se pierde en el horizonte cuyo obscuro color le parece tierra, encaminando á ella su bagel, y queda al llegar burlada su esperanza; así el que en medio de la noche se entrega á disfrutar del placer de soñar la felicidad, solo entrevé un fantasma, que cuando piensa alcanzar se le escapa de las manos. Despierta y queda triste y pesaroso. ¡Desgraciado del hombre que solo encuentra la felicidad en los sueños!

Pero la vida ¿que otra cosa es sino un sueño, sueño triste y funesto en el que al despertar solo halla el hombre la eternidad, donde no hay ilusiones, donde todo es positivo? Sueño que guía á la muerte por entre falaces alegrías y terribles padecimientos. El ambicioso sueña honores y trabaja incesantemente por aumentar su poder, adurmiéndose entre los arrullos de su ambición no satisfecha, para despertar en el sepulcro que todo lo iguala. El avaro sueña en las riquezas, cree satisfacer con ellas las necesidades de su alma y no prevé que no han de poder acompañarle á la tumba; sin embargo no vacila y sigue por el camino que se ha trazado, sin que nada baste á satisfacer su sed de oro,

Todos los hombres sueñan, y sueñan despiertos con un sueño tan largo como su vida, que viene á concluir antes que sus

deseos, resultando de aquí el que solo sean felices después de muertos.... ¿Pero que es la muerte? un sueño como otro cualquiera. En el sepulcro también se sueña, por que el hombre vive aun mas allá de él, y por consiguiente necesita soñar. Pero el sueño del sepulcro es tranquilo, y el único que no agita ni conmueve las pasiones; ese sueño es feliz, y apesar de ello, el hombre le teme y nunca se halla dispuesto á cambiar su calma por la agitación y desasosiego de esta vida. ¡Triste destino! ¡Horrible preocupacion! pero tal es el linaje humano.

J. Lopez Somalo.

¿Cuales son las intenciones de U. caballero?

He aquí una pregunta, metafóricamente hablando, huérfana y bastarda al parecer, sin embargo de que cuenta tantos padres como hijas ha dado á luz la fértil naturaleza de nuestra madre Eva, y un origen tan legítimo y efectivo como el de la probidad epidémica del alma de un escribano. Su calidad, entendida á mi manera, debe llamarse anfibia, por que pertenece á varios géneros; y su naturaleza, fecunda y bulliciosa, por lo que alarma y germina. Ella es un elemento perpetuo de moda; una de las tendencias del siglo en el bello sexo; la idea favorita de las doncellas.... por antonomasia; la manía preilecta de las honradas y celosas mamás, cuando algun doncel aspirante á marido tiene la fatal desgracia de admirar con entusiasmo los atractivos seductores de las primeras; cosa mas natural y precisa en su especie, que la conciencia en el mercader y la vista en el boticario.

Ninguno desconoce la virtud, ya desvirtuada, de esas leyes sociales, que nos imponen el rígido precepto de tributar nuestros homenajes á la belleza; ni tampoco el abuso que esta suele hacer comunmente de los estremados rasgos de nuestra educación y galantería. Y de tal suerte

cunde y se estiende la maléfica plaga que cualquiera diria era semilla de pobres, ó recurso de letrados ó hambre de cesante ó mentira de sastre ó tráfico de burgamanderas

Apenas un prójimo varon se desliza, encomiando el merito y gracia fisica de alguna encantadora virgen (y no de las once mil) cuando simultáneamente ésta lo interpela, preguntandole con voz meliflua y atiplada ¿cuales son las intenciones de V. caballero?... palabras que dejan confuso y sorprendido al pobre interpelado, y que á duros trabajos y hecho un mar de sudores le dan tiempo á contestar en mal articuladas frases: señora...yo...soy...un...ca...ballero....mis intenciones....son pu....ras.... mi ánimo no ha si....do desacatar..... V....pero apenas se va reponiendo de aquel inesperado ataque, que una segunda carga dirigida por la remilgada y ducha mamá viene á consternar del todo á mi individuo, obligandolo á emprender su retirada para no sucumbir en la lucha, ó verse al menos preso entre los puros lazos de un compromiso forzoso; que antes fuerale menos ser azotado por las calles á cuerpo desnudo, pasar su vida en galeras, ó morir de fiebre adinámica. Lejos del enemigo recapacita el fugitivo sobre la intensidad del peligro que ha corrido, y respirando el aire libre, ese ambiente dulce y necesario á la existencia feliz de todos los seres, no sin volver la cara atrás, creyendose aun acosado del genio del mal, protesta y jura mil veces omitir en adelante la cultura del lenguaje á presencia de las farsantas y embaucadoras, como subversivo y revolucionario en primer grado. Este es el fin de los que mejor parados salen en semejantes circunstancias, el cual debe agradecer por mucho talento que posea ó la proteccion y amparo de su angel de guarda: influyente de que carecen otros tan acreedores á el por su maligna estrella. Mas y si la pregunta consabida se le hace á algun joven cuitado, tímido irresoluto, cuya novicia sensibilidad y corta experiencia lo enternecen y fascinan demasiado al escuchar esos ecos persuasivos y armoniosos que la acompañan....?entonces no hay remedio, se enceba, cae en el garlito, como pez en anzuelo, y declarado novio, presente y yerno futuro por involuntaria voluntad, las vencedoras solemnizan públicamente su triunfo á la manera que los indios ce-

lebran la muerte de sus victimas despues de haberlas despedazado y hecho pasto de su voracidad. A cada hora que pasa, aplauden madre é hija la candidez del joven, su carácter docil y manuable, sus nobles sentimientos; mientras que en secreto escarnecen y rien de su poquedad de alma, de su inesperienza, de su torpe imaginacion, combinando los medios de esplotar estas cualidades con livianas y asquerosas especulaciones de, lo que resulta el ciudadano constituido esposo manso, de derecho, y llega oportunamente á adquirir los brillantes titulos de la ilustre y dilatada hermandad de nuestro venerable S. Marcos. Oh! dicen ellas: un hombre de estos, vale para casado lo que una piedra de amolar para el barbero. Si hubiera muchos asi con menos frecuencia haríamos uso de nuestra capciosa pregunta. Y en efecto, tienen sobrada razon: si alcanzaramos esa época disfrutariamos á ciencia cierta de las sabrosas y variadas delicias que ofrecia el siglo de oro: aunque para esto era tambien indispensable variar completamente la condicion rebelde de las hembras, absoluto imposible que se halla en intima afinidad con la indole particular del secso. Pero ya que no nos es permitido subir á esa altura por temor de una caída, sigamos reflexionando sobre el tema que ahora nos ocupa. En todos los estados, todas las clases, todas las edades rige y domina el mismo pensamiento. Se acerca V. á una soltera habil, se en tiende para contraer matrimonio, y de broma ó veras tiene V. el gusto de decirle, que hermosa es V. !!!...á lo que entusiasmada y llena de animacion y fuego contesta ¿*Cuales son las intenciones de V. caballero?*.....contempla V. la agradable fisonomia de alguna casada, por supuesto en mala hora, y antes que despida V. de la boca su flor, responde con énfasis ahuecando la voz *caballero* cuales son sus intenciones?...tropieza V. con alguna viuda, reprobada, pero de buen aspecto, y tiene V. la maldita idea de indicarle que el difunto debio ser muy dichoso cuando vivia, y resentida del obsequio, con tono de grave y modesta admiracion esclama *¿Las intenciones de V. caballero cuales son?*

De manera que en los pequeños y grandes circulos, en las calles, en los paseos, en los teatros, en las casas y en una palabra,

donde quiera que haya humanidades vivientes de distinta naturaleza, no se oye mas que la temible y aterradora pregunta: los novios en cuestion á todas horas son llamados á juicio por la parentela de la novia á dar cuenta de sus intenciones; y cuando estos acaban su diaria y cocoratarea, entra de refuerzo la niña que logra al fin con su insípida afición de preguntar volverle el juicio á su amante ó hacerle perder la paciencia, que no es poco para quien tiene mucha.

No se puede pintar con verdad el flujo de tales preguntas y las consecuencias deplorables que ellas traen tanto para un seco como para otro. De lo primero diremos por último, que en el exceso y el furor de preguntar ha habido señorita, que al ver entrar el aguador en su casa, despechada y colérica, ha gritado: atrevido ¿cuales son tus intenciones? ¡oh! colmo de la degradacion!... ¡oh! mengua del seco bello...

Mujeres, las que preguntais á diestro y siniestro sin mas mobil que el de vuestro indigno y esclusivo interes: vosotras las que no teneis alma ni cabeza para sentir y pensar generosamente, desistid de vuestro sistema ridiculo, comprended su ineficacia, ya los hombres os conocen y no podeis emplear con ellos mas armas que las de la razon y la verdad.

J. E.

A UNA CINTA. ROMANCE.

Viendote estoy en mis manos,
Prenda de pasada dicha,
Y dudo entre si te bese
O te arroje y te maldiga:

Que si al verte me recuerdas
Los amores de una niña,
Y ante los ojos me pones
La memoria de otros dias,

Tambien crecen mis enojos
Al pensar en sus perfidias

Y por eso, mal mi grado,
No quiero mirarte, Cinta.

Otra vez vuelve á tu dueño,
Y como antes solia,
Con sobrada gentileza
Con tigo su talle ciña.

O sus cabellos prendiendo
Y en ellos medio escondida,
Por cuidar que no los ajen
Las auras juguetoncillas,

Tornarás á ser dichosa,
Que cerca de ella es la dicha
Y ya, por mi bien, anduvo
Harto para ti perdida.

En bien llegues, tu que vés
A recibir sus caricias;
Nunca yo las recibiera
Para verlas fugitivas.

Mas ya que lució mi estrella
Tan contraria y enemiga,
Mejorar en algo puedes
La mala fortuna mia.

Mucho tengo que pedirte
Y poco tu me debias,
Pero de ser bienhechora
No estés nunca arrepentida.

Quiero que cuando te acérques
A la que fuè mi alegría
Le digas, que puede tanto
En mi, su imagen querida.

Que ni su injusta mudanza
Ni el trascurso de los dias
Fueron bastante á borrar
Su memoria de la mia.

Y si acaso replicara
Que nuevas recién venidas
Lo contrario le abonaron
De lo que le dices..., dila.

Que oídos no de á los cuantos
Ni crédito á las babfillas,
Que las lenguas torpes son
En personas mal nacidas.

Que si mi fe y su inconstancia

Me acordaré siempre de una señora de Munich; muerta de repente un jueves por la tarde y enterrada el día siguiente por la mañana, que tuvo la dicha de resucitar, gracias á la avaricia de un sepulturero, que á la noche siguiente la desenterró para robarle un diamante que llevaba en el dedo; aun vive como testifica el almanaque del año pasado.

El cazador se sonrió con aire de duda. —Aunque no lo digera el almanaque lo creería, por que sé otros casos mas raros y peregrinos aun, dijo Adolfo. ¿Y los viejos cuentos de duendes y vampiros, que otra cosa son sino las funestas historias de los que han sido enterrados vivos? Estos casos son muy propios para la composicion de una novela.

—A proposito de novela, dijo el cazador, recuerdo que el baron de Waldstein fue victima de una de estas funestas equivocaciones.

—Y muchos otros personajes célebres lo han sido tambien, un emperador de Oriente, un Consul romano..... No teneis mas que leer los escritos de Lancisi, de Bruhier y Winslow y hallareis terribles ejemplos; la historia misma nos proporciona un gran número, y apenas hará un mes que lei en el *Journal de Savam*, una aventura de esta especie que voy á contaros.

La tabernera dejó la rueca, cojió un gacito, lo puso en sus rodillas y prestó atencion. El cazador echó de beber con aire distraido.

—Miladi Roussel casada con un coronel ingles que la amaba con ternura, murió de un síncope causado por un mal interior. Su esposo no creía estuviese muerta, apesar de las terribles apariencias, y la dejó tendida en el lecho como si durmiese, con el rostro descubierto mucho mas tiempo del que permitian las leyes; en vano se le hizo presente que era menester enterrarla, rechazó á todos y dijo cortaria la cabeza al que se atreviese á arrebatarse el cuerpo de su muger. Sabido por la reina de Inglaterra su profundo dolor y su singular obstinacion, envió un hombre de su servidumbre para que le impeliese á conceder los honores de la sepultura al cadaver de su esposa. El coronel le respondió pidiendola algun tiempo mas. Ocho dias pasaron aun, y Milady Roussel no daba señales de vida;

su marido la estrechaba entre sus brazos inundandola con sus lagrimas, cuando al sonido de las campanas de una iglesia vecina se levantó como si despertase de un sueño; se sentó en la cama y exclamó: *este es el ultimo toque de la oracion, ya es tiempo de partir.*

—Al menos, dijo la tabernera volviendo á cojer su rueca, esa no estuvo depositada en un ataúd como la pobre señora de Munich.

Apoco sonaron las diez: Adolfo consideró que su madre le aguardaria con inquietud, se despidió del cazador y salió de la taberna, este imitó su ejemplo de allí á un instante. A los pocos pasos el joven medico advirtió que su nuevo amigo tomaba el camino del bosque de Nebelstein y se dirigió otra vez á la taberna. La puerta estaba cerrada y preguntó por una ventana á la tabernera; quien era y dedonde venia aquel cazador; le respondió que hacia un año que solia concurrir algunas veces á su casa á beber un jarro de cerbeza; pero que siempre permanecia silencioso, á no ser una vez que le habia hecho preguntas acerca de la difunta Margarita; que era cuanto sabia de él.

Adolfo marchó á su casa. Su joven hermana le esperaba sentada á la lumbre, él apoyó su frente contra la chimenea y permaneció contemplando en silencio las medio estinguidas llamas, que le recordaban sus crueles memorias. Su hermana se despidió para ir á acostarse y desapareció por la escalera de su cuarto. Permaneció delante del fuego hasta que un gran reloj colocado en la habitacion de su madre, dió las doce. Este sonido trajo á su imaginacion funebres recuerdos, y en vez de irse á acostar, salió á la calle entregado á la mas viva agitacion, y en medio de su delirio se dirigió impelido por una fuerza oculta hacia el cementerio. Todo dormia en la aldea. En la iglesia resonaban aun los ecos de las doce campanadas del reloj; la luna levantaba su plateado disco por encima de una bandera blanca colocada en el campanario, y algunas nubecillas empañaban el azul del cielo, siguiendo la direccion del viento. Adolfo contemplaba este bello cuadro con ojo distraido. Las nubes que sin cesar cambiaban de figura, la blanca bandera agitada por el viento, el disco pálido y melancólico de la luna

todo se transformaba en horribles fantasmas á la imaginacion del desdichado. Cuando llegó á las paredes del cementerio halló con sorpresa la puerta entreabierta: en este momento la luna se ocultó entre un grupo de nubes y en vano tendió la vista por la morada de los muertos; la obscuridad reinaba por do quier y solo vió tinieblas. Las nubes se aclararon un poco y una media tinta cubrió el horizonte, á favor de ella pudo distinguir algunos objetos, aun que confusos. El gran cristo velando sobre los muertos, las ruinas de una capilla y algunos sepulcros esparcidos. Buscó con la vista la tumba en que descansaba Margarita, y su corazon se heló de terror á la vista de una sombra que se ajitaba al rededor de ella como un demonio. Furioso con esta aparicion, su primer pensamiento fue correr hacia ella, pero en el mismo instante la vió desaparecer como si la tierra se la hubiese tragado. La luna se dejó entonces ver al descubierto iluminando con su palida luz el cementerio. Adolfo creyó depear de un pesado sueño y para no volver á caer en el, huyó sin atreverse á mirar hacia atras, horrorizado del ruido de sus pasos y de su propia sombra.

(Se continuará.)

ROMANCE

Por las bodas de Boabdil
 Grandes fiestas se preparan;
 Y alegre y contento el pueblo
 Felicita á su Monarca.
 Y para fausto del dia
 La Corte prepara cañas,
 Toros, sortijas, torneos,
 Que todo es grande en Granada.
 Ya muy temprano se ve
 Toda la Corte de gala,
 Y las bellas del Genil
 Apuestas y engalanadas,
 Ostentando mil primores
 Con sus hechizos y gracias.
 Ya suenan las chirimias,

Ya se dirige á la plaza
 Gran tropa de Caballeros
 A demandar al Monarca
 La venia para la liza,
 Que el mismo Rey sustentara.
 Entre ellos, Muza venia,
 Doncel de grande pujanza;
 Mas un pesar le destroza
 Su ya lacerada ánima.
 Es el desden de Zulima,
 Apuesta y gentil Sultana.
 Absorta tiene la mente,
 E impasible contemplaba
 Un mirador, que á la izquierda
 Con magestad se ostentaba.
 Allí yacia su bella,
 Mas gentil y mas galana,
 Que enhiesta flor en el prado
 Cuando despliega sus galas.
 Mas ay! que el desden le aflige,
 De su adorada Sultana;
 Que es desdeñosa, insensible
 Del moro á sus tiernas lágrimas.
 Y si él la mira, ella torna
 A otro lugar la mirada....
 Y en este penar acerbo,
 Por fin Muza asi la habla.
 «Desengañada Zulima:
 ¿Asi, traidora me pagas
 Este amor que arde en mi pecho
 Con inestinguible llama?
 ¿Asi te muestras esquiva?
 ¿Asi mi esperanza engañas?
 ¡Oh muger aborrecible,
 Qué mal mi cariño pagas!»
 Asi dijo, y de repente
 Un hondo suspiro ecsala,
 Y con sardónica risa,
 Y aterradora mirada,
 Aguija el docil morcillo,
 Y entre cortadas palabras,
 «Maldita seas» la dice,
 Y de aquel lugar se aparta.

P. Sanchez.

TEATRO.

LA CISTERNA DE ALBI, *beneficio de la distinguida actriz* DOÑA FRANCISCA MONTERROSO.

A las siete y media de la noche, un inmenso gentío ocupaba todas las localidades: el pueblo había concurrido á ver una función en que debía resaltar con sus verdaderos y exactos coloridos el gran mérito artístico de la Señora Monterroso: sus esperanzas no quedaron defraudadas, sus deseos fueron satisfechos. D.^a Francisca Monterroso, universal para todos los caracteres, sobresale siempre en la representación de profundos sentimientos y de afecciones elevadas: las pasiones que entristecen y que abaten, que sobresaltan y que inquietan y que arrastran en pos de sí el dolor y la desesperación, son su género favorito: la sensibilidad llevada á su extremo con sus diversas situaciones, diferentes períodos y alternativas, he aquí la cuerda que mas hábilmente pulsa esta eminente Actriz: por eso nos encantó, por eso nos arrancó en mas de una escena la admiración y las lágrimas. La Señora Monterroso en la noche á que nos referimos, no era una muger que representa, era una madre que siente, que sufre, que padece, cuyo corazón está devorado por el infortunio, cuya imaginación es exaltada por crueles apariciones, cuyo pecho sostiene una lucha horrible: una madre, en fin, que acosada constantemente por la sombra ensangrentada de su hija, duda, vacila, fluctuando siempre en la indecisión y la incertidumbre. Digaló, si no, la escena del segundo acto, donde colocada al borde de la cisterna, anhela penetrar en su fondo é inspeccionar con sus miradas investigadoras hasta

los sitios mas recónditos de aquella concavidad: pero cuando estuvo felicísima; cuando estuvo inimitable; cuando tuvo pendiente de sus palabras y en religiosa atención á todos los espectadores; cuando dispuso ella sola hasta de sus movimientos y de sus acciones, fue en la gran escena del tercer acto, donde reconoció á su desgraciada hija estrechandola entre sus brazos, despues de una violenta agitación, durante el tiempo que apareció somnábula. Solo las madres son las que pueden caluciar la perfección del desempeño de esta escena y á ellas y á cada una de las que en el Teatro existían investidas con este título hermoso y el mas dulce de la vida, reservado estaba ofrecer con las lágrimas que involuntariamente se desprendieron de sus ojos la prueba acabada de esta verdad; los demas no podíamos apreciarla sino incompletamente. Los repetidos y prolongados aplausos y la corona de flores arrojada á sus pies en este crítico momento, su presentación en la escena, llamada por el Público, y la variedad de composiciones poéticas distribuidas con profusión y leídas por el Sr. Alba á telón corrido, rebelarán á la Señora Monterroso, que el Pueblo de Marcia conoce su esclarecido mérito y le hace la debida justicia. Tales ovaciones son producto de la imparcialidad; nunca de mezquinos intereses é innobles rivalidades.

El señor Alba nada dejó que desear: apesar de la odiosidad de su papel, conoció tan á fondo la exactitud de su carácter y la clase y naturaleza de las cualidades con que devia rebestirlo; estuvo tan acertado y tan brillante, que se hizo justamente acreedor á un distinguido elogio. Aquella maldad calculada, aquel corazón perverso, nutrido de ambición y de perfidia, aquellas transiciones para disimular y encubrir su crimen, alejando hasta las sospechas mas remotas, estuvieron tan bien diseñadas en la escena, que demostraron muy á las claras los talentos artísticos que posee este joven actor.

y lo mucho mas de que es susceptible, no abandonando ese estudio asiduo y esa noble emulacion que tanto lo distingue.

La señora Rizo contribuyó notablemente al éxito lucido de la función. Los adelantos de esta señora, cada día son mas visibles, el pueblo de Murcia sabe que le corresponde y no desconoce su anheloso afán por agradar y complacer. Creemos que no tardará mucho en verla figurar al lado de las mejores Actrices.

El resto de los actores tambien hicieron lo que estuvo de su parte: la escena fué bien vestida y en los trages existió toda la precision posible. Desearamos estendernos mas, no olvidando el mérito literario de la composicion, que por su argumento, curso y desarrollo, graduamos de mediano; pero la premura del tiempo nos lo impide y nos hace sacrificar á esta circunstancia un deber que procurariamos llenar hasta donde nuestras débiles fuerzas alcanzasen.

La orquesta, como su director, merecen un voto de gracias por lo escogido de las piezas y por lo esmerado de la función.

El incógnito.

Composiciones dirigidas á Doña Francisca Monterroso la noche de su Beneficio.

Con vívidos colores,
Henchidas de fragancia y lozania,
Brotaron tiernas flores
Que el *Segura* alhagó, con linfa fria.

El alba refulgente
Perlas les dió, con matinal orgullo;
Frescura la corriente,
Las leves auras regalado arrullo.

Con ellas anhelante
Una *GUERNALDA* entrelazó vistosa

El corazon amante,
Para ceñir tu frente candorosa.

Y en premio merecido
Por tus mágicas dotes en la escena,
La rinde agradecido,
Y de láuros dulcísimos te llena.

Tus sienes delicadas
Circunde esa *GUERNALDA*, rica y pura,
Que en sus flores pintadas
Se esconden sentimientos de dulzura.

Mas... en cambio á esta palma,
Conserva siempre á *Murcia* en la memoria;
Pues ella dió á tu alma
Con ardiente entusiasmo, inmensa gloria.
A. Arnao.

Sublime estás, artista encantadora,
Cuando impregnada de entusiasmo ardiente
Fuljida ciñe tu inspirada frente
Laureola del genio brilladora.

Entonces, por tu llanto el pueblo flora,
Tus penas y dolor el alma siente
Y rie de placer, si complaciente
Ve tu faz siempre dulce y seductora.

Sigue, Actriz eminente, ese camino
Que al templo de la gloria te conduce,
Recoge ese laurel que ora el destino
Para adornar tu sien grato produce,
Y este admite con rostro placentero
Pobre homenaje, si, pero sincero.

J. M. Fernandez.

Solo un destello de tu llama ardiente
Abrasa el corazon adormecido,
Y al oír de tu voz grato el sonido,
Queda estasiada la ardorosa mente.

Robaron los tus ojos á la fuente
Su nitidez y brillo esclarecido,
Y el lauro que tus sienes ha ceñido,
Felize cubra tu amorosa frente.

Y entre los admirables resplandores
De ese brillante carro de la Fama
Celebrarán las musas tus amores;

Pues de un mortal la mente no se inflama
Para hermosura tanta darle loores,
Faltando al pecho la celeste llama.

J. M. del Castillo.

*MURCIA: Imprenta de Pedro Soler y Rovi,
Calle de Sta. Isabel Núm. 6. — Año de 1845.*